

Vida Nueva

3.031. 8-21

ABRIL DE 2017

PIEGO



Las siete palabras de Jesús en la cruz

JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS
Teólogo

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Si siempre leemos o escuchamos con atención las últimas palabras pronunciadas por alguien que ha sido condenado a muerte, ¿no deberían resultarnos especialmente significativas, como cristianos, las últimas palabras pronunciadas por Jesús, muerto por nosotros a pesar de su inocencia? Sus últimas frases pronunciadas desde la cátedra de la cruz, además de recoger lo más granado de su doctrina, lo más rico de su experiencia y lo más importante de su testamento, nos invitan a imitar su comportamiento y a actualizar nuestro compromiso, para que su proceso y asesinato no se siga repitiendo hoy en tantos justos que continúan siendo injustamente ajusticiados.

La siete palabras que Nuestro Señor pronunció desde la cruz no fueron respuestas específicas a específicas preguntas, mas revelaron lecciones aplicables a cada interrogación¹. Aquellos textos del famoso obispo de la televisión Fulton J. Sheen retornan ahora no solo en libros de piedad, sino en numerosos estudios académicos. Interesa el autor, pero importa también su enseñanza sobre las siete palabras de Jesús en la cruz.

Hace unos años leí unas declaraciones que denuncian la frivolidad con la que tratamos el acontecimiento trágico que fue el proceso de Jesús, su condena a muerte y su crucifixión:

“La pasión de Jesucristo es bastante fuerte. Nos hemos acostumbrado a ver crucifijos bonitos colgados de la pared, y decimos: Jesús fue azotado, llevó su cruz a cuestas y le clavaron a un madero, pero ¿quién se detiene a pensar lo que estas palabras significan realmente? En mi niñez, no me daba cuenta de lo que esto implicaba. No comprendía lo duro que era. El profundo horror de lo que Él sufrió por nuestra redención realmente no me impactaba. Entender lo que sufrió, incluso a un nivel humano, me hace sentir no solo compasión, sino también me hace sentir en deuda: yo quiero compensarle por la inmensidad de su sacrificio”.

Pues bien, estas palabras no han sido pronunciadas por un obispo ni por una monja. Son de un personaje tan conocido como Mel Gibson². ¿Cómo no estar de acuerdo con él? Nos inquieta siempre la crónica de la ejecución de un violador o un asesino condenado a morir en

la silla eléctrica. Nos subleva la noticia del fusilamiento de unas personas que trataban de escapar de su propio país. Pero no nos inquieta la ejecución en la cruz de un Justo, injustamente ajusticiado.

Leemos con atención y curiosidad la última entrevista que un reportero ha logrado hacer a un condenado a muerte convicto de un crimen. Nos parece que sus palabras resumen el sentido de su vida y, con frecuencia, nos ofrecen las claves de sus decisiones más conflictivas.

Pues bien, deberían resultarnos significativas las últimas palabras de Jesús, un condenado a muerte a pesar de su inocencia. Aquellas siete palabras, pronunciadas desde la cátedra de la cruz, son su definitiva lección magistral. En ellas se decía a sí mismo, se explicaba a sí mismo, recogía lo más granado de su doctrina, lo más rico de su experiencia y lo más importante de su testamento.

• 1 •

Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”.
(Lc 23, 34)

A los que, a pesar de nuestra tibieza o nuestros pecados, hemos tratado de seguir a Jesús durante su vida no nos extrañará demasiado esta primera palabra pronunciada por el Maestro desde su cátedra. Refleja su bien demostrada capacidad de perdón. Es esta una palabra que debió de ser pronunciada varias veces

por Jesús, a juzgar por la expresión empleada por Lucas (*élegen*: decía).

En esta frase, hemos de considerar, al menos, tres puntos fundamentales.

a. En primer lugar, esa primera palabra de Jesús constituye, en realidad, una petición al Padre. Y una petición que parece bien empleada, puesto que había sido condenado precisamente por haberse presentado como hijo de Dios. Como se ve, ni en la cruz olvidaba su pretensión y seguía considerando a Dios como su Padre.

b. Por otra parte, la primera palabra de Jesús nos revela bien a las claras la misericordia de Cristo. Como se ve, no hace más que llevar a la práctica lo que pidió a los suyos: perdonar a los que nos hacen mal.

c. Pero la primera palabra incluye, además, una motivación que resulta sorprendente: “No saben lo que hacen”. ¿A quién se refería con esa especie de disculpa? Es cierto que los soldados romanos, procedentes con frecuencia de las provincias más alejadas del Imperio, no sabían bien lo que hacían, pero los dirigentes del pueblo sí que parecían saberlo.

Con todo, Jesús ofrecía una comprensión universal que venía a disculpar el drama tremendo de su propia muerte. Su misericordia cubría como un manto de piedad, las malas intenciones, los resentimientos, las acusaciones viles de que había sido objeto. San Pablo se coloca en la misma perspectiva de comprensión y perdón cuando dice que si lo hubiesen conocido, nunca habrían crucificado a Jesús (1 Cor 2, 8).

Pero la fe cristiana amplía todavía más el horizonte. Y afirma que Jesús, en la cruz, no solo pide la

misericordia de Dios para aquellos que lo condenaban en aquel momento único e irrepetible de la historia. En realidad, Él pide perdón para todos los hombres.

En 1926 decía san Pedro Poveda que en esta palabra “sintetizó Cristo su inmenso amor a los hombres”, así como la exigencia de amar a los enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian (Mt 5, 44)³.

“Padre, perdónalos”. La oración de Jesús, recogida en la primera palabra, se convierte en modélica para todos los que creemos en él y le seguimos. No nos extraña que esa petición, tan llena de misericordia, no sea comprendida ni adoptada por los que no creen en él. Pero para los seguidores del Maestro esa comprensión universal es la principal clave de discernimiento e identificación. Por nuestra aceptación o indiferencia ante esta palabra se podrá deducir nuestra fidelidad al Evangelio. Seremos cristianos cuando aprendamos a poner amor donde había indiferencia y a poner perdón donde había habido ofensa.

• 2 •

Uno de los malhechores colgados le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡salvate a ti y a nosotros!”.

Pero el otro le respondió diciendo:

“**¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, este nada malo ha hecho**”. Y decía: “**Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino**”. Jesús le dijo: “**Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso**”. (Lc 23, 43)

Según el derecho judío, no podían ser ejecutadas dos personas en el mismo día (*Sanhedrin*, VI, 4). Sin embargo, en este caso aquí la justicia es la romana. Y en el uso romano eran frecuentes las ejecuciones plurales y colectivas. Unas veces se trataba de ahorrar esfuerzos. Y en otras ocasiones se pretendía aumentar la dramaticidad del acontecimiento para que sirviera de escarmiento a grupos de



alborotadores sociales o a pueblos especialmente levantiscos.

Los crucificados junto a Jesús eran, al parecer, malhechores o salteadores a mano armada. Seguramente con ellos podría haber sido también condenado Barrabás –“el hijo de su padre”– si no se hubiera convertido de golpe en el primer “redimido” por la muerte de Jesús, el “Hijo del Padre” celestial.

Los evangelios de Mateo y de Marcos dicen que a Jesús lo injuriaban los que habían sido crucificados con Él. Su argumentación no podía ser más elemental: si era el Mesías, que bajase de la cruz y los bajase también a ellos con Él.

Uno de los condenados, sin embargo, reprende a su compañero. Reconoce la justicia de su condena y la injusticia de la condena de Jesús. Tras la repremisión al que había acompañado en vida como malhechor, brota de sus labios la imploración al que ha descubierto a la hora de la muerte como bienhechor:

– “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino”. El condenado oraba desde la cultura y la espiritualidad

del Antiguo Testamento. No le pide que se acuerde de él cuando llegue a su reino, sino cuando venga con poder. Imaginaba que el Mesías, al que parece reconocer en Jesús, habría de venir a establecer el reino en el momento escatológico. Y ese momento debía de coincidir con la resurrección de los muertos.

– “Hoy estarás conmigo”. La súplica fue acogida, pero en un sentido un poco diferente al que pretendía el suplicante. Jesús le responde desde la nueva realidad inaugurada por su vida y su misión. El Reino de Dios ha llegado ya con Él. Y con Él se ha revelado la compasión de Dios. La respuesta rezuma misericordia. Pero es, antes que nada, una revelación cristológica. Al contestar de esta forma a la petición del malhechor, Jesús nos revela que dispone de la suerte eterna de un hombre. No es solo un profeta. Dispone del poder de Dios.

La última parte de la frase es significativa. El condenado estará con Jesús en el “paraíso”. “Estar con” Jesús es vivir la realización del nombre que le había sido impuesto por el ángel antes de su nacimiento. Él había de

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

ser el **Emmanuel**, es decir, el “Dios con nosotros”. Y, de pronto, ese “nosotros” quedaba resumido en la persona de un malhechor que imploraba el recuerdo del Mesías.

Jesús le prometía su cercanía en el “paraíso”. Es esa una palabra que evoca añoranzas primordiales y anuncia la posibilidad de la realización plena de la existencia. El paraíso es entendido, en la memoria colectiva de la humanidad, como el lugar y la situación de la armonía integral. Pero Jesús no identifica el cielo con el paraíso primordial ni este con un lugar concreto. Su promesa se refiere, más bien, a la participación en la felicidad y la gloria de Cristo (cf. Flp 1,23). El paraíso es Él.

¿Qué significa para nosotros esta segunda palabra de Jesús? Al menos, nos recuerda que los seguidores del Señor no vamos por la vida aferrados a la nostalgia de un pasado. Tampoco nos vemos a nosotros mismos identificados en razón de una esperanza enganchada –como un ancla– en las riberas de una playa utópica. No anhelamos un lugar. Esperamos un encuentro. Un reencuentro. No aguardamos algo, esperamos a Alguien. Solo su cercanía y su amor puede calmar nuestro anhelo.

• 3 •

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y, junto a ella, al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”.
(Jn 19, 26-27)

Según el evangelio de Marcos, un grupo de piadosas mujeres estaban mirando la crucifixión de Jesús desde lejos (Mc 15,40). Según el evangelio de Juan, María –con este grupo de mujeres entre las que se cuenta María Magdalena– está “de pie junto a la cruz” (Jn 19, 25). Es importante ese leve matiz referido a la distancia. Es como si, después de la crucifixión, hubiera transcurrido ya un cierto tiempo y, ante la cercanía

de la muerte de Jesús, se hubiera permitido a sus seguidores acercarse hasta la cruz. Nada podían hacer ya por él y nada podían hacer para impedir la ejecución de la condena.

Pero Jesús parecía tener todavía un encargo que cumplir. Deseaba confiar a su Madre, María, a la custodia del discípulo amado y encargar a este la atención hacia su madre.

El texto evangélico nos dice que, desde aquel momento, el discípulo “la acogió en su casa” o, mejor, que la recibió como propia. ¿Qué diferencia puede haber entre ambas traducciones?

La primera interpretación, se detiene en el sentido literal de la expresión, que parece indicar la solicitud temporal que el discípulo y María habrán de prestarse mutuamente. El discípulo la recibió en su casa. Ese es el significado que atribuyeron a esas palabras de Jesús los antiguos Padres de la Iglesia, como san Juan Crisóstomo⁴, san Cirilo de Alejandría⁵ y san Agustín⁶.

Sin embargo, andando el tiempo, la tradición cristiana ha venido atribuyendo un sentido espiritual a estas palabras de Jesús. El discípulo habría acogido a María como suya. El papa Pío XII afirma que “en la persona del discípulo predilecto confiaba Cristo toda la cristiandad a la Santísima Virgen”⁷. El Concilio Vaticano II dedica una atención especial a esta presencia de María en el Calvario, cuando dice: “Así también la Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cf. Jn., 19, 25), se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma, y, por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús, moribundo en la Cruz con estas palabras: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” (Jn 19, 26-27)⁸.

Durante la celebración del Concilio, el papa Pablo VI dedicó a María el hermoso título de Madre de la Iglesia⁹.

Esta tercera palabra de Jesús desde la cruz nos lleva a contemplar el misterio de la Iglesia, heredera de la ternura de María y de la fidelidad de los discípulos de la primera hora.

Nos lleva también a recordar nuestra deuda de amor a la Iglesia, nuestra Madre, testigo del martirio injusto de Jesús. También ella es injustamente maltratada y calumniada en todas las épocas de la historia y en cualquier ocasión en que una persona necesita un chivo expiatorio para hacerse perdonar su arrogancia o su pecado.

• 4 •

Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: “¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?”, esto es: “Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”. Al oírlo algunos de los que estaban allí decían: “A Elías llama este”. Y enseguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber. Pero los otros dijeron: “Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarle”. (Mt 27, 46-49; Mc 15, 34-37)

La cuarta palabra de Jesús nos resulta a primera vista un tanto escandalosa. ¿Cómo es posible que de la boca de Jesús haya salido una imprecación como esta? Ahora bien, si prestamos una atención más cercana y cordial a los sentimientos de Jesús, nos daremos cuenta de que esta exclamación nos recuerda la oración de la víspera en el Huerto de los Olivos. De hecho, refleja el mismo dolor agónico que Jesús había experimentado en Getsemaní y la misma confianza con la que entonces había aceptado la voluntad del Padre.

Al oír estas palabras, algunos de los presentes piensan que Jesús está llamando a Elías para que acuda a salvarle (v. 49) y a presentarle finalmente a Israel como Mesías. Así lo imaginaba el pueblo.

Según el segundo libro de los Reyes, Elías había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego (2 Re, 2,11). El libro del Eclesiástico comentaba aquella desaparición del profeta, afirmando que había sido designado “para hacer volver el corazón de los padres a los hijos y restablecer las tribus de Jacob” (Eccl 48,10). Eran muchos los judíos que esperaban su aparición para presentar al Mesías. De hecho, lo habían identificado con Juan el

Bautista y con el mismo Jesús (cf. Mt 16, 14; 12, 12). En este momento, Jesús bien podía llamar en su auxilio al que había de ser su protector.

Evidentemente, esa interpretación solo podían darla los espectadores judíos. Tan solo ellos pudieron explicarla a los soldados romanos. Así pues, uno de los guardias toma una esponja y la amarra a una caña, es decir, a la típica jabalina romana (*pilum*). A continuación la empapa en vinagre. Se trata sin duda de la *poska*, o bebida refrescante a base de agua, vinagre y a veces huevos batidos que suelen llevar los soldados romanos en campaña. El soldado acerca aquél refresco hasta los labios. Pero, según el evangelio de Juan, Jesús renunció a ese alivio refrescante (Jn 19, 29).

Tanto como el resultado del lamento de Jesús importa conocer su sentido exacto. Jesús no llamaba a Elías. Él mismo se había encargado de desmentir la veracidad de las expectativas populares. Con aquellas palabras, Jesús estaba iniciando la recitación de un salmo que recogía los sentimientos de un justo atrabilulado (Sal 22,2). Aquella oración comenzaba con un tono desgarrado:

*“Dios mío, de día te grito
y no respondes;
de noche y no me haces caso...
Yo soy un gusano,
no un hombre,
vergüenza de la gente,
desprecio del pueblo;
al verme se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
‘Acudió al Señor, que lo ponga a salvo,
que lo libre, si tanto lo quiere’”.*

Los textos evangélicos han visto en estas primeras estrofas del salmo un anticipo y reflejo de la situación dolorosa por la que estaba pasando Jesús en la cruz. Pero el texto del salmo no se detenía ahí. Tras esa descripción de su dolor, el orante invoca confiado al Señor, repitiendo más de una vez:

*“Pero tú, Señor no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme”.*

La antigua plegaria colocaba al orante en un tercer momento. Suponía que, efectivamente, Dios acudía a socorrer al que lo invocaba, porque el salmista incluye en su canto una invitación vibrante a toda la asamblea:



*“Fieles del Señor, alabadlo...
porque no ha sentido desprecio
ni repugnancia hacia el
pobre desgraciado;
no le ha escondido su rostro:
cuando pidió auxilio le escuchó”.*

Ese itinerario-existencia era también el que estaba recorriendo Jesús. Su oración no era un grito de desesperanza, sino una súplica confiada en el Dios que escucha a los que lo invocan. Ciertamente, el Padre celestial habría de escuchar la petición de auxilio que le dirige Jesús. Pero la escucharía en un modo que resulta difícil de imaginar para todos los demás, excepto para Él mismo, que ha anunciado varias veces su resurrección.

Esta cuarta palabra de Jesús, lejos de escandalizarnos, habría de interpelarnos profundamente sobre la calidad de nuestra oración. Ni el cristiano individual ni la Iglesia entera pueden convertir la plegaria en un ejercicio de frivolidad o en un

puro momento estético. El orante pone en juego toda su existencia y toda su fe. Orar es reconocer la propia situación. Pero es, sobre todo, atreverse a medirla con las medidas propias de Dios.

• 5 •

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice:
“Tengo sed”.
(Jn 19, 28)

Jesús pertenecía a un pueblo que había experimentado la sed en la larga travesía del desierto y había gozado de la providencia del Dios que lo guiaba y hacía brotar manantiales a su paso.

Ahora la padecía él. Era la suya una sed física, producida por la serie de tormentos que se habían ido sucediendo desde su agónica vigilia en Getsemaní.

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Pero la sed, como el hambre, es una de las metáforas privilegiadas para reflejar los más profundos anhelos del espíritu. Junto a ese tormento físico, sentía Jesús una sed muy humana de comprensión y ayuda, que se encuentra evocada en el salmo que refleja el itinerario de su propia pasión: "En mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal 69, 22).

Estamos acostumbrados a pensar que lo que Jesús experimentaba era, sobre todo, una ardiente sed espiritual. Un día, sentado junto al pozo de Jacob, había pedido de beber a una mujer de Samaría (cf. Jn 4,7). Sin duda, sentía necesidad de agua y bebería con gusto de aquel manantial. Pero el contexto de aquel largo coloquio con la Samaritana indica que se sentía impulsado por una sed espiritual que le hacía olvidarse de la comida con tal de cumplir la voluntad del Padre que lo había enviado.

Una interpretación apostólica nos lleva con frecuencia a decir que Jesús tenía sed de almas. Así lo comentaba san Pedro Poveda: "Jesús padeció sed ardiente, mas no interpretemos que era de líquido refrigerante, cuando dijo sitio; su sed era de otra naturaleza infinitamente más elevada; sintió sed de almas, el amor a estas le puso en la cruz"¹⁰.

Pero la tradición de su pueblo subrayaba con igual fuerza la sed de Dios que empuja a la persona:

"Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma te busca
a ti, Dios mío;
tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver
el rostro de Dios?" (Sal 42, 2-3).

Tal vez se haya olvidado la influencia que sobre esa palabra de Jesús haya podido ejercer este hermoso salmo. En él se recoge el lamento de un levita desterrado que añora los días pasados en el santuario e implora la protección del Dios que ha de hacerle justicia frente a sus perseguidores. Los versos finales sitúan sus quejidos en el panorama de la más confiada esperanza:

"¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
'Salud de mi rostro, Dios
mío'" (Sal 42, 12).

Al recordar esta quinta palabra de Jesús, tenemos presentes las necesidades más elementales de la humanidad: de cuatro quintas partes de la humanidad que carecen de lo más elemental para vivir una vida digna. Pero no podemos olvidar que los pobres existen hoy porque han sido despojados de sus bienes. Los alimentos y el agua se han convertido en materias preciosas, arrebatadas por los hambrientos y los satisfechos. Esta palabra de Jesús es una acusación para nuestra glotonería y nuestra intemperancia.

Y, por supuesto, es una interpelación para nuestra tibieza y nuestra poltronería ante el clamor de los que buscan un sentido para su existencia y, tal vez sin sospecharlo, andan buscando a Dios con más ansiedad que los que creen haberlo descubierto.

• 6 •

**Cuando tomó Jesús
el vinagre, dijo:
"Todo esta cumplido".
(Jn 19, 30)**

Los evangelistas habían presentado la vida de Jesús como el cumplimiento de las antiguas profecías. Sobre todo, el evangelio de Mateo va engarzando su relato de la infancia de Jesús sobre la memoria de las figuras antiguas y de los oráculos proféticos. Recordamos que, después de referir el anuncio del ángel a José de Nazaret, el evangelista añade, por su cuenta: "Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta: Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: 'Dios con nosotros'" (Mt 1, 22-23).

Jesús mismo ofrecía como prueba de la autenticidad de su mesianismo el cumplimiento de aquellas promesas. A los discípulos que Juan Bautista le envía desde la mazmorra para preguntarle si es el esperado por su pueblo, contesta Jesús aludiendo a las antiguas profecías: "Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena

Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!" (Mt 11, 5-6).

Jesús no solo ofrecía un cumplimiento a las esperanzas de su pueblo. Él era el cumplimiento. Todo apuntaba a Él. Y todo quedaba recapitulado en Él: la búsqueda de la santidad y el clamor por la justicia; el anhelo de Dios y la promoción de la fraternidad.

Ahora, en la cruz, Jesús proclama que todo se ha cumplido. No solo ha terminado la representación de su drama personal. No es que haya llegado al final el guion de su ejecución. No solo se han cumplido las profecías. Es que Jesús ha cumplido la voluntad del Padre. Para eso había venido, como Él había dicho. Su comida era hacer la voluntad del Padre, como había dicho a sus discípulos en aquel mediodía en Sicar, junto al pozo de Jacob (Jn 4, 34). No buscaba su voluntad, sino la de Aquel que lo había enviado (Jn 5, 30; 6, 38-39).

"Todo se ha cumplido". Esa palabra de Jesús nos interpela a todos los que repetimos cada día en la oración dominical: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". No es sincera nuestra plegaria si, al mismo tiempo, tratamos de organizar nuestra vida y la de la sociedad en contradicción con la voluntad que Dios nos ha manifestado a través de la misma naturaleza, por medio de profetas que nos son enviados a lo largo de los siglos y, por último, en la persona y el mensaje de su hijo Jesús.

No podemos blasfemar contra Dios cuando el mundo se encanalla y corre la sangre, como si Dios fuera el culpable de que nosotros hayamos ignorado, burlado y despreciado su voluntad.

Decimos "todo se ha cumplido", pero nos referimos a nuestros propósitos de venganza o a nuestros planes de diversión y frivolidad. Pero lo decimos con la mueca de cadáveres ambulantes.

"Todo se ha cumplido". Esa palabra de nuestra autonomía altanera revela la raíz de nuestra infelicidad y nuestra náusea. No hemos aprendido a pronunciarlo teniendo ante la vista el proyecto de un Dios que no solo no es enemigo de la causa humana, sino que la promueve, la ama y la realiza.

**Jesús, dando un fuerte grito, dijo
“Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu”.
Y dicho esto, expiró.
(Lc 23, 46)**

Para referirse a este momento culminante de la vida de Jesús, los evangelios evitan cuidadosamente mencionar las palabras “muerte” o “morir”, que han utilizado en otras ocasiones (cf. Mt 22, 24-27).

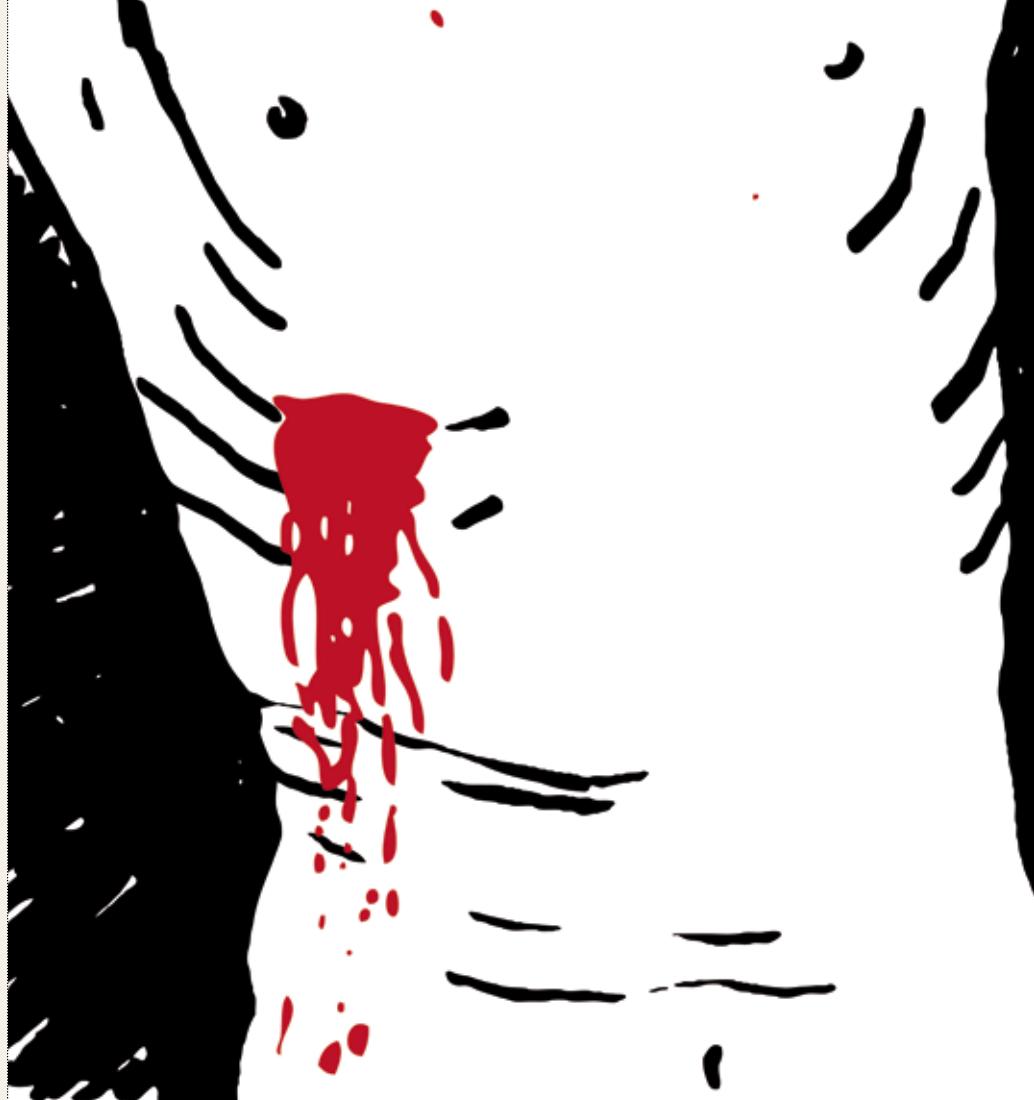
El lenguaje empleado parece escogido con toda intención. Jesús no muere, sino que “depone” o entrega su espíritu. El espíritu es aquí un semitismo para expresar la “vida” que entrega en las “manos” del Padre. Pero también esa expresión refleja el estilo semítico que traduce por “manos” la voluntad de su Padre, de la que ha vivido pendiente Jesús.

De nuevo, el evangelio de Lucas, el evangelio de la gracia y la oración, coloca en la boca de Jesús la antigua súplica de un salmo de su pueblo:

“A ti, Señor me acijo:
no quede yo nunca defraudado;
tú que eres justo, ponme a salvo,
inclina tu oído hacia mí;
ven aprisa a liberarme,
sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame:
sálvame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
Tú, el Dios leal, me
librarás” (Sal 31,1-6).

Dios es fiel y leal, mantiene su promesa y su alianza, a pesar del olvido y los pecados de los hombres. He ahí una de las convicciones más fuertes en la teología de los profetas de Israel (cf. Is 55, 3; Jer 31, 31; Ez 34, 25). Jesús la ha hecho suya. Ha anunciado la fidelidad de Dios. Y ha vivido esa convicción. Ante la experiencia del abandono de todos, incluidos sus discípulos más cercanos, Jesús confía en Dios, el Dios leal.

El tribunal religioso de su pueblo lo ha condenado por blasfemo. El tribunal político del imperio de Roma lo ha condenado por sedicioso. Unos han gritado que su mensaje no lleva a Dios. Los otros han sugerido que su mensaje no favorece la paz social y la



convivencia humana. Privado de todo apoyo, Jesús apela al que siempre ha sido y es su baluarte y su amparo. Su oración final es un acto de confianza en Dios y una denuncia de los falsos apoyos humanos. Su resurrección de entre los muertos será la respuesta del Dios al que ha apelado en su oración.

Pero su oración final es, además, el signo de una libertad que siempre ha guiado sus pasos. Hasta sus mismos enemigos hubieron de reconocer que vivía en la verdad y la proclamaba, sin miedos ni reticencias (Mc 12, 14). Jesús había sido libre día a día. Y mantiene en alto su libertad hasta su muerte. Cristo muere libremente (cf. Jn 10, 17-18) y entrega su vida con plena conciencia de su misión.

El libro de los Hechos de los Apóstoles recordará esta oración postrera de Jesús. Lapidado por las gentes de su pueblo, **Esteban**, seguidor del Señor crucificado, muere como él fuera de las murallas de Jerusalén. Y de sus labios se desprenden las mismas oraciones de su Maestro, significativamente cambiadas: “Señor Jesús, recibe mi

espíritu... Señor, no les tengas en cuenta este pecado” (Hech 7, 59-60).

He ahí las claves para la oración cristiana. El discípulo ya no solo ora como su Maestro: ora a su Maestro, aceptado y confesado ya como Señor y Redentor.

El perdón a los enemigos, la confianza en el Padre celestial, la aceptación de su voluntad y la entrega de la propia vida en un acto de homenaje agradecido por el don recibido en gratitud. Ese es el estilo de la vida y de la muerte del cristiano. Y ese es su mensaje, casi siempre silencioso y, a veces, pregonado con el gesto martirial de la coherencia a toda costa.

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Esa es nuestra oración en la vida y en la muerte. Y nuestra protesta frente a todos los que, sin ser el Padre celestial, se empeñan en arrebatar la vida a los hijos amados del Padre, unas veces con violencia y, otras, con la excusa de pretendidas compasiones que esconden y encubren el miedo y la comodidad ante el drama de la muerte ajena.



Notas

1. F. J. SHEEN, *Las siete palabras*, Barcelona, 1961
2. Alfa y Omega 346 (20-3-2003), 30.
3. Cf. P. POVEDA, *Obras. I. Creí, por esto hablé*, Madrid 2005, 721.
4. Cf. PG 59, 462.
5. Cf. PG 74, 663.
6. Cf. PL 35, 1950-1951
7. *Documentos marianos*, BAC, Madrid, n. 884.
8. LG 58; *Catecismo de la Iglesia Católica* 964.
9. PABLO VI, Discurso en el aula conciliar el 21 de noviembre 1964.
10. P. POVEDA, o.c., 721.
11. J. R. FLECHA, *Las siete palabras de Jesús en la cruz*, Burgos 2016, 14-15.
12. Alfa y Omega 346 (20-3-2003), 30.

CONCLUSIÓN

Jesús había distribuido por los caminos de Galilea y en los atrios del Templo los dones que había recibido. El don de su palabra y el don de su cuerpo y de su sangre. Pero su tesoro era inagotable. Desde lo alto de la cruz tenía aún que entregar a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares siete dones como siete estrellas: el don del perdón gratuito y el del paraíso recobrado; el don de la madre para los hermanos dispersados por el miedo y el de la confianza en el Padre bienamado; el don de la sed de los comienzos y el de la esperanza ya cumplida, el don finalmente de su propia entrega, tan libre y voluntaria, tan sentida y generosa¹¹.

Comenzaban estas reflexiones evocando las declaraciones de un conocido artista. Pueden terminar

recordando una advertencia de otro actor como Jim Caviezel: "Si estás buscando una vida fácil, entonces lo tuyo no es la fe católica. Por lo menos haz una opción. Si la vía católica no es para ti, entonces haz otra cosa. Pero si vas a decir que eres católico, vívelo. Vive tu vida. Eso es lo que necesitamos. Necesitamos guerreros. Necesitamos santos en la tierra ahora. Los necesitamos urgentemente. Necesitamos personas que le den la espalda al pecado"¹².

Como se ve, también en el mundo del espectáculo hay todavía personas que no se dejan llevar por las apetencias de la masa y reclaman una vida ejemplar de los que se dicen seguidores de una persona ejemplar como Jesús.

Ante la cruz, nosotros hemos escuchado las últimas palabras

de una persona amada. ¿Qué hemos de hacer de ellas?

- a. Prestarles acogida en nuestro corazón. Recordarlas y meditarlas. Hagamos anamnesia para no caer en la amnesia de que hacemos gala habitualmente.
- b. Hacer nuestros aquellos sentimientos que embargaban al Justo en los últimos momentos de su vida mortal. Estamos llamados a imitar a Jesucristo.
- c. Luchar para que su proceso y asesinato no se reproduzcan en el mundo en el que vivimos. No podemos permitir que los justos sean injustamente ajusticiados. Que las últimas palabras del Señor nos ayuden a recordar aquel pasado y a acordar entre todos un futuro impregnado por aquellos sentimientos. •

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / UE: 171,60 € / OTROS PAÍSES: 165 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos:

Dirección:

Población:

CIF/NIF (DNI):

E-mail:

Provincia:

C.P.:

País:

Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.

PPC Cif Impresores 2 Urb. Prado del Espino. 28860 Boadilla del Monte (Madrid)
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 118 / Correo electrónico: pcedit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino. 28860 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilita podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupoppc.com>; si usted no lo desea, por favor, comuníquenoslo.

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha:

Firma: